

el *hermano cura* : esto me da mayor placer.

— Es usted completo. ¡Y yo que he venido llamando á usted el señor cura!

— Pues bien : está vd. perdonado, con tal de que siga llamándome su amigo nada más.

Yo apreté la mano de aquel hombre honrado y humilde, y me aparté un poco para dejar á la gente que habia acudido á su encuentro, saludarlo á todo su sabor. De paso noté que esta gente no mostraba en su respeto hácia el cura esa bajeza servil, que una costumbre idólatra ha establecido en casi todos los pueblos. Los ancianos le abrazaban (pues se habia bajado del caballo) con ternura paternal, y él era quien los saludaba con veneracion; los hombres le hablaban como á un hermano, y los chicos como á un maestro. En todos se notaba una afectuosa y sincera familiaridad.

Al llegar á su casita, que estaba, como es costumbre, junto á la pequeña iglesia parroquial, y en lo que podia llamarse plaza el cura, enseñándome una bella casa grande, la más bella quizás del pueblo, me dijo :

— ¡ Ahí tiene vd. nuestra escuela !

Y como yo me mostrara un poco admirado de verla tan bonita y aseada, revelando luego que era el edificio predilecto de los vecinos, observé en éstos, al felicitarlos, un sentimiento de justísimo orgullo. El más viejo de los que estaban cerca, me dijo :

— Señor, es *él* quien merece la enhorabuena; por *él* la tenemos, y por *él* saben leer nuestros hijos. Cuando nosotros la levantamos, aconsejados por él, y la concluimos, al verla tan nueva y tan linda, le propusimos que se fuera á vivir en ella, porque le debemos muchos beneficios, y

que nos dejara el curato para la escuela, pero se enfadó con nosotros y nos preguntó que si él valía acaso más que los niños del pueblo, y que si necesitaba ocupar tantas piezas él solo. Nos avergonzamos y conocimos nuestro disparate. Es muy bueno el hermano cura, ¿no le parece á usted?

Yo fui á abrazar al cura en silencio y más conmovido que nunca.

Entramos por fin en la casa del curato, que era pequeña y modesta; pero muy aseada y embellecida con un jardincillo, provista de una cuadra y de un corral. La gente se detuvo en la puerta. Dentro aguardaban al cura, el alcalde con algunos ancianos y algunas mujeres de edad. El cura se quitó el sombrero delante del alcalde, dando así un ejemplo del constante respeto que debe tenerse á la autoridad, emanada del pueblo; saludó cariñosamente á las viejas vecinas, y entró conmigo y los hom-

bres á su saloncito, que no era más grande que un cuarto comun. Pero antes de entrar, una de las viejas, robusta y venerable vecina, que revelaba en su semblante bondadoso una gran pena, detuvo al cura, y le preguntó en voz baja:

— Hermano cura, ¿lo ha visto vd. por fin? ¿Está más aliviado? ¿vendrá esta noche?

— ¡Ah! sí, Gertrúdis, respondió el cura; se me olvidaba..... lo ví, hablé con él, está triste, muy triste; pero vendrá, me lo ha prometido.

— Pues voy á avisárselo á Cármen para que se alegre, replicó la anciana.... ¡si viera vd. cómo ha llorado, hermano cura, temiendo que no viniera! ¡Pobre muchacha!

— Que no tenga cuidado, Gertrúdis, que no tenga cuidado.

— Aquí hay algo de amor, amigo mio, me atreví á decir al cura.

— Sí, me dijo éste con aire tranquilo : ya lo sabrá vd. esta noche : es una pequeña novela de aldea, un idilio inocente como una flor de la montaña ; pero en el que se mezcla el sufrimiento que está atormentando dos corazones. Usted me ayudará á llevar á buen término el desenlace de esa historia esta misma noche.

— ¡ Oh ! con mucho gusto : nada podria halagar tanto mi corazon ; tambien yo he amado y he sufrido, dije acordándome súbitamente de lo que habia olvidado durante tantas horas, merced á los recuerdos de Navidad y á la conversacion del cura. ¡ Yo tambien llevo en el alma un mundo de recuerdos y de penas ! ¡ Yo tambien he amado ! repetí.

— Es natural.... dijo tambien suspirando el cura, é inclinando con melancolía

su frente pensadora, surcada por arrugas precoces.

Aquello me puso silencioso, y así tomé asiento junto á un buen fuego que ardia en la humilde chimenea del saloncito.

IX

Hasta entonces pude examinar completamente la persona del cura. Parecia tener como treinta y seis años ; pero quizás sus enfermedades, sus fatigas y sus penas eran causa de que en su semblante, franco y notable por su belleza varonil, se advirtiese un no sé qué de triste, que no alcanzaban á disipar ni la dulzura de su sonrisa, ni la tranquilidad de su acento, hecho para conmover y para convencer.

Quizás yo me engaño en esto, y mi preocupacion haya sido la que puso para mis ojos, en la frente y en la mirada del cura,